

Presentación

Con las páginas que aquí se abren CIENCIA TECNOLOGIA Y DESARROLLO cierra su sexto año de vida. En sus diferentes ediciones ha recogido las más variadas reflexiones acerca del papel de la ciencia y de la tecnología en el desarrollo económico y social y de la acción orientadora y promotora del Estado en aspectos tan importantes como éste en la vida de un país.

Algunos números han ofrecido rigurosa homogeneidad temática. Otros se han configurado más precisamente como revista de variados temas. El presente se inscribe en esta segunda modalidad. En él se abordan argumentos que van desde la Ilustración en el Nuevo Reino de Granada, en las postrimerías de la colonia hispana, hasta la incidencia de la revolución científico-técnica en la configuración de la sociedad post-industrial y desde el moderno afán por idear indicadores cuantitativos de progreso científico hasta la transferencia de tecnología en sectores productivos específicos, o el entronque de la medicina en la historia de las ciencias.

Entre los muchos aspectos comunes que, de todos modos, subyacen en cada uno de los ensayos aquí reproducidos existe uno que bien nos puede servir de reflexión introductoria: el alcance de la práctica científica en sociedades no industrializadas.

Frente a los logros, antes insospechados, de la ciencia y de la tecnología hay quienes dicen estar viviendo ya el futuro. Otros recriminan al hombre por haber perdido la capacidad de asombro. Se diría que el hombre ha domesticado los milagros de la ciencia y de la tecnología y no es preciso ser culto o adinerado para respirar un ambiente impregnado de ciencia. Lo cierto es que, luego de años y años de hacer ciencia y tecnología en búsqueda azarosa de conocimiento y de

transformación del mundo, se ha adueñado del hombre la inquietud por recapacitar sobre la naturaleza misma del saber científico y sobre el alcance de sus repercusiones en la existencia individual y colectiva. Esta inquietud que, años atrás, parecía exclusiva de rancios cenáculos académicos, hoy parece interesar a una base más amplia de personas vinculadas al quehacer científico. Hay temas de sociología de la ciencia y de la técnica que, día a día, ganan más audiencia. Ellos tienen que ver con el papel protagónico de la ciencia y de la tecnología en la configuración de las relaciones de producción en los niveles cuantitativos y condiciones cualitativas del empleo, en la calidad de la vida, en las crisis económicas nacionales e internacionales, en la transnacionalización de la cultura, en el juego de poder a nivel nacional e internacional. En una u otra forma, en el trasfondo de esta temática se presenta la del alcance y sentido que tiene o puede tener la práctica científica en el interior de los países no industrializados.

Los grandes protagonistas del fenómeno científico son los países industrializados. Los no industrializados les siguen muy de lejos. Es utópico pensar en la posibilidad de desarrollar una capacidad competitiva de invención por parte de los países periféricos. El hacer ciencia parecería privilegio de pocos, al paso que comprarla aparece como costo necesario de muchos. ¿Cuál es, entonces, el espacio que queda a los países pobres en el concierto mundial de la práctica científica y tecnológica?

El concepto de práctica científica y tecnológica va mucho más allá del de hacer ciencia o tecnología. Es eso y mucho más. En él se encierran aspectos tan importantes como son: aprendizaje, captación y difusión de conocimientos científicos y de habilidades tecnológicas, adaptación de tecnologías, creación de capacidades humanas e institucionales para el arraigo del hábito científico y generación de reflexiones sobre el mismo oficio científico. El mismo quehacer pedagógico, tanto en sus formas institucionalizadas como en las no institucionalizadas, es una práctica científica y tecnológica. En ello tiene mucho que ver tanto la educación convencional como todas aquellas formas que se comprenden en ese fenómeno pedagógico amplio, conocido como "la otra educación".

La práctica científica y tecnológica así entendida, no puede circunscribirse, en los países periféricos, a una actividad supletoria o complementaria de creación o adaptación de conocimientos en aspectos que no interesan la atención de los grandes centros por no obedecer a sus exigencias de orden económico, social o político. No puede ser una actividad encaminada a la generación de supuestas tecnologías apropiadas, en contraposición a las tecnologías inapropiadas originarias de las áreas industrializadas del mundo. De paso, valga pensar que ya son pocos los que se acogen a aquella literatura fácil que identifica a las

tecnologías apropiadas con aquellas tecnologías baratas, intensivas en mano de obra, limpias, de pequeña escala, etc. Una concepción más amplia de la práctica científica y tecnológica lleva, afortunadamente, a la superación de este tipo de propuestas que no podrían conducir sino a una nueva división internacional del trabajo, más desfavorable a los países pobres que la actual.

Como se ha insistido en notas editoriales anteriores, la práctica científica no se agota en una labor instrumental de idear nuevos procesos, nuevos productos o nuevos servicios. Se contradice a sí misma cuando llega a crear nuevas necesidades, sin haber satisfecho las existentes. El beneficio del conocimiento no ha de buscarse sólo en función de la producción sino, también, por lo que significa en sí mismo en términos de promoción de la persona y de la sociedad. No es del caso buscar la ciencia sólo por el desarrollo económico que de ella puede derivarse. Es necesario entenderla como una forma de desarrollo en sí misma, como actualización de las potencialidades humanas y como factor importante en el conocimiento y la interpretación del mundo y de las relaciones humanas.

MIGUEL A. INFANTE D.